

» aun no os habeis batido. Si consintiéseis en examinar los dogmas de la religion de Jesucristo, no tardariais en reconocer su superioridad sobre el culto de Mahoma. Convirtiéndooos á la fe y recibiendo el bautismo, consolidariais vuestro imperio y os llenariais de gloria inmortal. Clodoveo entre los Francos, Recaredo entre los Godos, y Constantino entre los Romanos, lo han hecho antes que vos. Entonces seriais posesor legítimo de cuanto habeis usurpado por la violencia y de que gozais con injusticia. » Como era probable, esta exhortacion no produjo efecto alguno en el corazon del sultan, y continuó con nuevo furor sus incursiones. El papa no se desanimó. « No hallamos sino un solo medio de determinar á los príncipes cristianos á la guerra santa, dijo á los cardenales; y es juntar nos mismo el ejemplo con las exhortaciones y súplicas. » Tal vez, cuando vean al pontífice romano, su padre, al vicario de Cristo, marchar en persona contra los Turcos, se abochornarán de su indiferencia é inaccion. » El sacro colegio aplaudió este heroismo del papa; y una bula del mes de octubre de 1463, dirigida á toda la cristiandad, notificó al universo la magnánima resolucion del vicario de Jesucristo. Declaró pues el papa que se dirigia al puerto de Ancona, donde le esperaba una armada veneciana, y que se embarcaria, para ir á combatir, en persona, á los infieles. Y en efecto Pio II llegó á Ancona, en donde se le unió el dogo de Venecia y el ejército de la república. Iba á embarcarse, cuando le previno la muerte en 4 de agosto de 1464, é hizo disiparse los proyectos que habia formado para gloria de la cristiandad.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO II (31 de agosto de 1464-26 de julio de 1471).

1. Eleccion de Paulo II. Scanderberg. — 2. Paulo II depone á Podiebrado, rey de Bohemia, que es reemplazado por Vladislao. — 3. Nuevo asunto sobre la *pragmática sancion*. — 4. El cardenal de la Balva. — 5. Sabia administracion de Paulo II. Muerte de este papa.

§ II. PONTIFICADO DE SIXTO IV (9 de agosto de 1471-15 de agosto de 1484).

6. Esfuerzos de Sixto IV para organizar una cruzada contra los Turcos. — 7. Pedro de Aubuson. Sitio de Rodas. Muerte de Mahometo II. — 8. Revolucion en Florencia. Suplicio de Francisco Salviati, arzobispo de Pisa. El papa fulmina entredicho contra Florencia. Liga de los principados italianos y de la Francia contra Sixto IV. — 9. Política de los soberanos pontífices en Italia. Muerte de Sixto IV. — 10. Muerte de Luis XI. San Francisco de Paula.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VIII (29 de agosto de 1484-24 de julio de 1492).

11. Lucha en Oriente por la sucesion de Mahometo II. Bayazeto I. El príncipe Zizim. — 12. Vana tentativa de Bayazeto contra Italia. — 13. Disturbios en Nápoles. — 14. Fernando é Isabel la Católica. Inquisicion en España. Torquemada. — 15. Muerte de Inocencio VIII. Pico de la Mirándola.

§ IV. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1502).

16. Eleccion de Alejandro VI. Su carácter. — 17. Alejandro VI parte las tierras del Nuevo Mundo entre los reyes de España y Portugal. — 18. Orden y seguridad personal restablecidos en Roma por Alejandro VI. Ludovico Sforcia, *el Moro*, duque de Milan, llama á los Franceses á Italia. — 19. Los nobles romanos se someten á Carlos VIII. Entrada de Carlos VIII en Roma. Expedicion de Nápoles. — 20. Castigo de los nobles romanos. — 21. Savonarola. — 22. Rebelion de Savonarola contra la autoridad de la Santa Sede. Su suplicio. — 23. Advenimiento de Luis XII al trono de Francia. Nueva expedicion contra Italia. Muerte de Alejandro VI.

§ V. PONTIFICADO DE PIO III (23 de setiembre de 1502-18 de octubre de 1503).

24. Eleccion y Muerte de Pio III.

§ VI. PONTIFICADO DE JULIO II (1º de noviembre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. Carácter de Julio II. — 26. Liga de los príncipes europeos contra este papa. Conciliábulo de Pisa, donde es depuesto Julio II. — 27. Décimoséptimo concilio general en Letran. Muerte de Julio II. — 28. Movimiento intelectual de la Italia en esta época. Renacimiento.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO II (31 de agosto de 1464-26 de julio de 1471).

1. Se hallaban reunidos los cardenales en Ancona; mas Pio II les había hecho prometer no proceder á nueva elección sino á su regreso á Roma. Respetaron la voluntad del moribundo pontífice, regresaron á Roma y recayeron sus votos en el veneciano Nicolás Barbo, cardenal de San Marcos, que tomó el nombre de Paulo II. En el conclave, habían renovado los cardenales una tentativa que aun no les había salido bien. A pesar del axioma canónica: *Papa electus ligari non potest*, habían redactado una fórmula de juramento por la cual se había de comprometer el papa futuro: 1.º á no hacer promociones al cardenalato sin consentimiento del sacro colegio; 2.º á restablecer la antigua disciplina de la curia romana; 3.º á convocar dentro de tres meses un concilio general; 4.º á continuar la guerra contra los Turcos. El primer acto del nuevo pontífice fué anular este compromiso, y declarar que de los cuatro artículos solo se creía obligado al último. Sin embargo, por consolar á los cardenales, les concedió el privilegio de llevar hábitos de púrpura y el sombrero de color encarnado, cosa que solo los pontífices habían usado hasta entonces. La expedición al Oriente fué la primera preocupación de Paulo II. Para dar él mismo ejemplo, se obligó á suministrar todos los años cien mil escudos de oro á los Húngaros y otros tantos á Scanderberg, para sufragar á los gastos de la guerra contra los Turcos. Veinte galeras armadas por el tesoro pontificio se reunieron á la armada veneciana. El cardenal Francisco Piccolomini fué encargado de asistir en calidad de legado apostólico á una dieta del imperio y predicar la cruzada á los príncipes reunidos. Se hicieron sendas promesas al muncio. Cien mil Alemanes iban á encontrarse armados en el año siguiente para volar al socorro de la Hungría. « Pero, dicen los historiadores » de esta época, solo eran palabras. Porque ni las alarmantes » victorias de los Turcos, ni el triste estado de la cristiandad, » ni el movimiento que se dió Paulo II durante todo su ponti-

» ficado por una causa tan justa y gloriosa, no fueron capaces » de sacar de su frialdad y apatía al jefe y á los miembros del » imperio. » Les hubiera sido necesario un destello del alma de Scanderberg, que se le decia ya *el nuevo Alejandro, el Gedeon cristiano*. Este grande hombre acababa de saber que Mahometo II hacia levadas considerables de gente: y que ya avanzaban cincuenta mil hombres para poner sitio á Croya, capital de la Albania. Scanderberg acudió volando á la defensa de la ciudad, y despues de una heroica resistencia de dos meses obligó á los Turcos á levantar el cerco y retirarse. Un nuevo ejército enviado por el sultan no fué mas feliz. La Albania, provincia pobre, asolada, impracticable por sus desfiladeros, defendida por un héroe y soldados invencibles, abatió diariamente el orgullo de Mahometo. El sultan quiso desembarazarse á todo precio de Scanderberg; y convencido de que no podia batirle, intentó hacerle asesinar. Mas fué conocida esta perfidia, y los reos pagaron con el patíbulo. El héroe sobrevivió poco á esta tentativa: murió en Lissa el 17 de enero de 1467, despues de haber sido durante veintitres años el terror de los Turcos, á quienes había vencido en veinte batallas campales, en una época en que toda Europa temblaba á su solo nombre y en que habían llegado al apogeo de su poder.

2. Mientras tanto, Paulo II velaba cuidadosamente por el sosten de la fe y disciplina eclesiástica. Jorge Podiebrado, rey de Bohemia, se había declarado abiertamente á favor de los Husitas, y á su ejemplo, declamaba sin cesar contra la autoridad del soberano pontífice, contra las propiedades temporales de la Iglesia, y contra el gobierno de los obispos. Los católicos de la Bohemia lo acusaron jurídicamente ante el tribunal de la Santa Sede, y pidieron se le formara causa. El emperador de Alemania, Federico III, quiso en vano intervenir en favor suyo. Mas las informaciones judiciales, comenzadas contra Podiebrado, fueron proseguidas con la mayor actividad, y el rey de Bohemia quedó convencido del crimen de herejía, perjurio y sacrilegio: solo restaba fulminar contra él el anatema. Paulo II vacilaba, temiendo no encontrar simpa-

tías en Alemania. Pero el cardenal de Oporto, Juan Carvajal, cuya palabra era de inmenso ascendiente en las deliberaciones, cortó los escrúpulos del papa. « Si nos faltan socorros » humanos, decia, Dios mismo se armará para trastornar los » designios de los impíos. Cumplamos con nuestro deber, y la » Providencia hará lo demás. » En su consecuencia, Paulo III pronunció su juicio definitivo, el día de Navidad de 1466, en la iglesia de San Pedro. Podiebrado fué depuesto y condenado como hereje, y la sentencia le declaró « privado del reino de » Bohemia que habia adquirido mal, y que habia administrado » peor. » No se frustró la esperanza de Carvajal. Apenas se supo la sentencia definitiva de la Santa Sede en Bohemia, los grandes del reino se reunieron y ofrecieron la corona á Matías Corvino, hijo del gran Hunyada. El nuevo rey fué coronado en Olmutz. Sin embargo, una fracción de los electores habia dado su voto á Vladislao, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia; y Podiebrado conservaba por su lado numerosos partidarios. Se prolongó pues la guerra hasta la muerte de este último en 1470, con cuyo motivo todos los Estados del reino reconocieron unánimes á Vladislao. Y así, á pesar de haberse debilitado mucho la autoridad pontificia por causa del gran cisma de Occidente, aun tenia la Santa Sede hartamente ascendiente para ejercer un poder soberano [respetuosa y voluntariamente admitido, entre príncipes y reyes].

3. Pensaba entonces el papa en volver á tratar con Francia respecto de la *pragmática sancion*, negocio entablado bajo el anterior pontificado. Geoffroy, cardenal de Arras, y Juan de la Balva, entonces obispo de Evreux y confidente de Luis XI, quedaron encargados de esta negociacion. La resistencia del parlamento fué mas viva que nunca. El fiscal general del reino, Juan de San Roman, rehusó obstinadamente aprobar ni dar curso á la cédula real de revocacion. Juan de la Balva hizo los mayores, pero inútiles esfuerzos para conseguirlo, y esto le valió mas tarde el capelo. Mas hé aquí todo el fruto que se obtuvo. El fiscal general le declaró positivamente que nunca consentiria en la abolicion de una ley que era la salvaguardia

del reino. « Abolir la pragmática sancion, decia, fuera tras- » tornar el órden antiguo de las elecciones y echar á la Iglesia » en una espantosa confusion. Los mas dignos personajes y » vasallos irian á Roma en sollicitacion de gracias y favores; » las Universidades se hallarian, por ello, desprovistas de » hombres de mérito y de catedráticos capaces. Y en fin si se » decretase la abrogacion, todo el dinero del reino saldria para » Roma. » Tales exageraciones no merecen exámen serio: pues que lo que precisamente queria restablecer Paulo II era el antiguo órden de elecciones. Si los sugetos de mérito hubiesen ido á Roma, el solo inconveniente que de ello pudiera resultar hubiera sido que el papa hubiese conocido personalmente su mérito. Hubieran regresado á su patria y sido destinados, con conocimiento de causa, á los diferentes puestos de que se hubieran juzgado dignos. Por otra parte se podia muy bien fiar á Luis XI el cuidado de que no saliese dinero de Francia para Roma. Por consiguiente las razones del fiscal general solo eran en realidad la protesta del galicanismo ciego y sin buenas razones que alegar. Pero la Universidad de París fomentaba por otra parte esta oposicion del parlamento. El rector se presentó en persona al legado, y le declaró que apelaba al futuro concilio general. Espantado de un movimiento tan enérgico, los representantes de Roma no osaron ir mas lejos; y el negocio quedó así durante el reinado de Luis XI.

4. El cardenal de la Balva, que tanto celo mostró en este negocio, no tardó en caer en desgracia de su disimulado monarca, y aun cuando no es bien conocida la causa, basta para explicarla el carácter del rey Luis XI. Este príncipe mandó encerrar en una jaula de hierro á su antiguo ministro, y allí le tuvo once años, desde 1469 á 1480. Como cardenal, Balva no podia ser condenado sino por sentencia pontificia. Paulo II reclamó enérgicamente contra esta tiránica usurpacion, y envió á Francia cinco comisarios encargados de avocar la causa á su tribunal. Pero Luis XI no era hombre para soltar tan de grado la presa; rehusó explicarse y mantuvo el odioso arresto de su ministro. No cesó Paulo II de protestar contra acto tan

arbitrario; y solo Sixto IV, su sucesor, alcanzó en fin la libertad de Balva, que se retiró á Roma, donde los horrores de que fué colmado le hicieron olvidar las desgracias de su cautiverio.

5. Entretanto Paulo II no había cesado de negociar para con los príncipes cristianos para decidirlos á una cruzada. Creía tocar al término de sus votos y esperanzas, cuando murió de repente, el 26 de julio de 1471. Su administracion fué vigorosa y vigilante. Firmó una constitucion que prohibía á los legados, gobernadores y jueces de las provincias recibir ningun presente. Este decreto había tenido por objeto extinguir la venalidad de que hasta entonces estaba tachado el gobierno. Para aliviar á los pueblos y hacerles mas llevadera la dominacion, Paulo II dispuso que la guardia de las fortalezas y el gobierno de las ciudades, pertenecientes á la Santa Sede, fuesen dados exclusivamente á las eclesiásticos. En la colacion de los beneficios jamás le movieron motivos humanos. « No conviene, decia, distribuir las dignidades eclesiásticas ni con precipitacion, ni por miramiento ó recomendacion de personas influyentes, sino despues de un maduro exámen y profunda deliberacion en la que se examinen los méritos personales. » Paulo II fué el primero que introdujo en Roma el arte de la imprenta, descubierto veinticinco años antes por Guttemberg. « Su mas relevante título de gloria, dice Quirini, es haber dotado á la capital del mundo de la divina tipografia. »

§ II. PONTIFICADO DE SIXTO IV (9 de agosto de 1471-13 de agosto de 1484).

6. Los sufragios de los cardenales reunidos en conclave recayeron desde luego en el cardenal Bessarion, uno de los mas ilustres personajes de su tiempo por su ciencia, virtudes y grandeza de alma. Pero se excusó á sí mismo diciendo tener ya mas de ochenta años, y determinó al conclave eligiese á su amigo Francisco de la Rovere, cardenal de San Pedro *ad Vincula*, que tomó el nombre de Sixto IV. La defensa de la

Europa contra la invasion otomana había sido la perenne solicitud del pontificado. La historia contará, á honra de los papas, que solos, entre tantos príncipes cristianos, no perdieron jamás de vista esta sagrada mision y que se mostraron siempre los verdaderos representantes del patriotismo y de la civilizacion. Animado del mismo espíritu el nuevo papa se dedicó inmediatamente á formar una liga contra los Turcos. Para lograr su intento, pensó desde luego convocar un concilio en Roma, mas los príncipes cristianos rehusaron enviarle sus embajadores; se resolvió entonces á negociar la liga por medio de legados. Escogió al cardenal de Aquileya para Alemania, Hungría y Polonia; al cardenal Bessarion para Francia; al cardenal Borja para España. Nombró al cardenal Caraffa comandante en jefe del ejército de mar, compuesto de las armadas pontifical, veneciana y napolitana. El cardenal de Aquileya no pudo lograr poner en paz á los príncipes de Alemania en guerra entre sí, y su mision fracasó completamente. La de Bessarion no tuvo mejor éxito en Francia, donde Luis XI se ocupaba de expediciones menos lejanas que la de Turquía. Borgia, magníficamente acogido en España, su patria, solo obtuvo recoger por su cuenta grandes sumas de dinero que perdió en un naufragio del que salvó casi milagrosamente la vida (4). Solo el cardenal Caraffa tuvo feliz éxito en la expedicion naval que hizo en union con las flotas veneciana y napolitana.

7. Un nombre para siempre ilustre se cubria de gloria defendiendo la isla de Rodas contra todas las fuerzas de Mahometo II. Émulo de Hunyada y de Scanderberg, Pedro de

(4) Hay que notar que en este tiempo estuvo la España dando el golpe mortal á la morisma con la toma de Granada y expulsion para siempre de la invasion musulmana de un país donde estaba, hacia ya ocho siglos. No tenían pues necesidad, ni aun era prudente, ir á hacer la guerra santa á la Hungría, cuando tenían otra no menos santa en su propia casa. Es muy de extrañar que el autor no encuentre jamás excusas legítimas para los príncipes temporales, y que tal vez les acuse con sobrada acrimonia. Una expedicion tan lejana y compuesta de elementos tan heterogéneos ofrecia mas de un inconveniente, como lo prueban las cruzadas mismas. Sin querer excusar en un todo á todos los príncipes, había quienes podían alegar justas razones.